

LA REGLA DE TRES: Sobre en/red/ darse y otras preguntas justas

Por: Daylins Rufin Pardo, Abril 2016 AD

Recientemente un colega y amigo muy querido- un hombre de esos inteligentes, sensibles y emancipados del *Reino de este Mundo*- en una reunión íntima categóricamente dijo: “Los hombres cierran filas mejor que las mujeres. Los grupos y redes de hombres (entiéndase machos, varones, masculinos) son mucho más fáciles de articular”.

Automáticamente pasaron por mi mente en tropel múltiples grupos y redes de mujeres, desde las parteras de Egipto en el 2500 ac, hasta las todavía bien vivas abuelas de la Plaza de Mayo. Rostros y rostros de mujeres, articuladas y entretejidas desde siempre con valentía, consciencia y creatividad infinitas en la matriz histórica y, por demás abortiva de ellas, que constituye la cultura patriarcal.

- ¿Tú crees? – dijo otra mujer que allí estaba.

El asombro- que conste, no fue tan solo mío- se hizo presente en forma de silencio y desconcierto. No solo por quien dijo y lo emitido. Sino porque son tiempos en que creo que los cuerpos históricos que somos, de alguna forma reaccionan- ¡por suerte!- ante cualquier apriorismo reduccionista con que se nos intente circunscribir o catalogar.

¿Quién dice esto?- le pregunté en confianza. Es casi un reflejo condicionado que nos insta a la aventura de la investigación y la hermenéutica el referir las fuentes, los autores.

El buenazo no tenía esto claro y, amén de estos dos tales sanos vicios, se me hizo necesario el poner en contexto lo ya dicho:

¿De dónde lo sacaste?- a lo que él, tan sincero, respondió vagamente apenas, con otra inconfesable generalidad.

Sin texto y sin contexto, por supuesto, se nos vuelve imposible el abordar seria y responsablemente cualquier enunciado. El triángulo hermenéutico famoso, sin embargo, tenía y tiene otro ángulo todavía desde donde explorar: la ideología que informa su supuesto.

No hay texto sin ideología. Intentar conocer los intereses y el fin último de quien emite en primera instancia un enunciado al que alguien- mi amigo en este caso- se remite, nos hacen entendible todo lo demás.

Pero el ¿quién te lo ha dicho? acá se los confieso, no fue ya preguntado. Pues por mucha confianza que se tenga con alguien, hay inquietudes reflexivas que por mera conciencia del cuidado del otro y de lo ético, han de tener su tope en el respeto a la otra y el otro deteniéndose allí donde se palpen las fronteras de su espacio individual. Es la regla de tres, regla de oro, el cuidado amoroso de la otra persona. Y no ha de violentarse la integridad y privacidad de nadie a propósito de ninguna duda incómoda que su actuación nos haya despertado. Sería abuso de poder, en menos. Sería – si cercanos- manipulación desalmada, y mucho más.

Sin embargo, si nos volvemos al principio detonador de todo esto- a saber, la conciencia de género- las mismas coordenadas de la ética, la manipulación, la ausencia del respeto y los poderes se nos vuelven también instancias reflexivas: lentes y claves de lectura posibles para

des/ colocar (en el sentido de sacar de su sentido fijo el antes mencionado posicionamiento), a la vez que miradas proactivas posibles y nichos de sentido que levanten preguntas y nos hagan movernos como familia humana y epistémicamente “a otro lugar”.

Género es una categoría de relación- ya lo sabemos. Entonces cabe preguntarnos ¿Qué impacto tiene el que desde los espacios que poseen como horizonte ético-reflexivo de acción social y humana una puesta y apuesta con conciencia de género, se generen discursos como este de mi amigo? ¿Qué beneficios trae para la relación, inter e intra genérica, en todo caso el legitimar valorativamente la división de estos estratos? ¿Acaso no frena de antemano y peyorativamente una formulación como ésta a redes y mujeres imbricadas en quehaceres desde una mirada despatriarcalizadora de la praxis concreta y de nuestra realidad?

Género es, además, una apuesta de praxis ética emancipadora; universo y terreno epistémico con herramientas críticas que nos ayudan a desmontar toda categoría fija que coapte la libertad humana de *ir más allá*. ¿No contradice el propio espíritu (energía y dinámica) de la mirada crítica de género que quienes creemos y sabemos esto enarbolemos, sin embargo, estereotipos y prejuicios que, como todo axioma, refuerza -paradójicamente en este caso- ese propio sistema que se quiere - ¡ y nos queremos todas y todos!- deshabitar?

Porque una cosa es que mi amigo diga: el resultado de los grupos de trabajo de mujeres y hombres que mandamos en X estos últimos cinco años- como mínimo- han demostrado que estos (los machos, los varones) han logrado mejor articulación y confianza de trabajo creando las redes ideales; y otra muy diferente que, a propósito de una investigación cualquiera, se enuncie un resultado cerrado, fijo, universal. Y fíjense que doy el beneficio de la duda no pensando que se haya llegado a proclamar este pre-juicio desde un vacío de resultados teórico-conceptuales, además.

Todo lo que se enuncia posee una intención ideológica definida particular y propia, y esta indefectiblemente obedece a una agenda determinada, micro o macro, personal o grupal. Nada descubre más el *deber ser* dentro de los imaginarios de los grupos humanos, que un prejuicio. ¡Hitler, entre otros más, lo supo! Hoy los vivimos en forma de racismo, xenofobia y criminalización de la pobreza, entre otras desafortunadas concreciones. Los múltiples estudios hechos por mujeres y hombres de diferentes latitudes sobre género y cultura, han ahondado en el fenómeno del patriarcado y han abordado sus mutis y salidas ampliamente y de forma multidisciplinar. Sé que quienes llegarán a leer esto pasarán por su mente nombres, rostros y citas numerosas: memorias de saberes compartidos, vividos y rumiados. Letras vivas que guardan el tesoro tremendo que somos cada quien y es cada cual.

El monje Thomas Merton dejó dicho: “Lo que decimos sobre Dios habla más sobre nosotros mismos”¹. En el caso del género, ¿acaso no nos cuenta igual? Con fortuna, en los propios estudios feministas aprendimos que el gesto es la palabra. Que lo no dicho, así como lo hecho se nos vuelven discurso. Que el hacer también dice. Eso nos permite no caer en la trampa de quedarnos no más con los enunciados, sino mirar la vida que hemos ido escribiendo en lo cotidiano y en todo lo que hacemos como un todo que habla y proclama nuestras verdades ¡incluso aquellas que no podemos verbalizar o por algún motivo queremos mantener ocultas!

¿Mi amigo? – no lo eximo, sólo no lo condeno también *a priori* y sin salida por lo dicho, pues en su caso habla lo mucho y de bien que en este tema ha hecho. Sé que repite lo que le han

¹ Consúltese su libro “Nuevas semillas de sabiduría”

inoculado des/ generadamente: quiero decir, usando las herramientas, sentidos y sentires construidos desde la cultura de género para fines que sin embargo la des/ hechan.

A veces es difícil no desconfiar del ladrón porque este estudió y sirve como investigador de policía. Y nos parece absurdo que haya crueldad en un médico que aprenda de su oficio las mejores maneras de matar. Son metáforas extremas, para describir sin embargo procesos reales que, desde el punto de vista del análisis de género, se traduce en hacer uso de la sospecha hermenéutica. En no confiar en lo que vemos, sin levantar preguntas ni escudriñar. Somos seres de confianza y en este caso y todos, ¡me alegro que así sea! Que no vivamos desconfiando, sino mirando responsablemente y dialogando *in sito* sobre aquello que emerge de manera incongruente, y sospechando sana e inteligentemente de esas verdades que se nos muestran de una forma y sin embargo, en lo que expresan nos incomodan o hacen sentir mal.

Confieso que una cosa sí me espanta: la idea de que comiencen a proliferar estos des/generados. Que nos convirtamos y transformemos en y por ellos en lo mismo que criticamos. Que tales apriorismos desde la conciencia de género empiecen a ser usados para fijar los rumbos y sentidos de intereses particulares, en este momento, en nuestra sociedad.

¡Ya bastante tenemos en este *momentum mundi* con las derechas apropiándose del lenguaje, gestos y símbolos de la izquierda para instaurar su propia agenda egoísta y antihumanitaria disfrazada de mesianismo salvífico, premeditadamente desmembrante y opresor de los menos que son más vulnerables, y de todo sentido de equidad y libertad! Y suficiente con las teologías fundamentalistas que tiñen sus fachadas y sus muros con los tonos y trazos de las propuestas teológicas liberadoras y se acercan a ellas a corazón cerrado solo para aprender la mejor forma en que las pueden desacreditar.

Así es como vivimos. Lo que pasa, nos guste o no. Por eso es peligroso ese decir que las mujeres no sabemos cerrar filas. El falso mesianismo de los grupos de machos alfa, ni el de mujeres alfa, en principio nos va a salvar.

Un horizonte propio, “sentipensado” en la diversidad que no pretende subsumir a nadie, que no ve en la persona diferente un enemigo intrínseco, que valora y respeta los caminos y apuestas de la otra y “el otro que no soy yo” pero que puede caminar con todas y conmigo al horizonte de equidad y justicia que nos aúna como familia humana y nos acoge en nuestra individualidad; eso sí sea, quizás, lo que nos libre y nos redima de una regla de tres des/generada. Lo que nos enrede de veras, para sentirnos juntas y juntos sin coaptarnos. (¡Los fines de la red también dependen de quien la usa y la lanza!) Y le salve a mi amigo, ¡tal vez a alguno tuyo! de alguna irresponsable ingenuidad.